

CAPITULO XXVI

Desde Diciembre de 1871 á Julio de 1872.



L 1º de Diciembre de 1871 tomó posesion de la presidencia Juarez, segun lo prevenido en la Constitucion.

El partido porfirista derrotado en la asamblea y en los comicios, reuniendo sus elementos se lanzó á la rebelion pretendiendo conseguir con la fuerza de las armas lo que segun aseguraban sus órganos en la prensa y la tribuna, le habia arrebatado el gobierno por la influencia y el dinero.

El 1º de Noviembre la guarnicion federal del puerto de Guaymas se pronunció matando á sus gefes y apoderándose de la aduana marítima; el dia 7 el gobernador de Nuevo Leon, general Treviño, penetraba al Estado de Durango despues de haber desconocido al gobierno federal, y el dia 8 el general Diaz, que vivia retirado en su hacienda de la *Noria*, expidió un manifiesto desconociendo los poderes constitucionales y proponiendo en el llamado *Plan de la Noria* la reunion de una junta de notables que constituyese al país, quedando *el gefe de las armas* como gefe supremo de la nacion. Ya antes el Estado de Oaxaca se habia apoderado de la artillería federal y habia acopiado un inmenso material de

guerra. A estos movimientos siguió el pronunciamiento de Mazatlan el 17 de Noviembre, la ocupacion del Saltillo por el general Martinez el 5 de Diciembre, y la oposicion de partidas armadas en todos los Estados.

La revolucion se presentaba amenazante é iracunda, y el gobierno pidió entonces facultades extraordinarias al Congreso, que despues de una lucha parlamentaria llena de peripecias, le fueron concedidas.

Grandes eran los recursos con que contaba la insurreccion; Estados enteros se habian levantado en contra del poder federal; pero su mayor enemigo consistia no tanto en un gobierno enérgico y con grandes elementos á su vez, sino en el indiferentismo de las poblaciones hácia los principios vagos y no definidos del *Plan de la Noria*; en el temor de un nuevo trastorno social que se apoderó de todos los espíritus, y mas que nada en el impolítico y descabellado programa del caudillo de la rebelion.

Se ha asegurado que aquel programa no era obra del general Diaz; que la influencia que sobre él ejercia su antiguo secretario el Lic. Justo Benitez, lo obligó á adoptarlo; pero en este caso un hombre débil hasta el extremo de romper con su pasado, de hacer girones la bandera de su partido por una mera condescendencia, demostraba su ineptitud, y natural era que perdiese aquel prestigio inmenso que lo hacia aparecer como un nuevo Cincinato.

Aquella revolucion que parecia iba á triunfar, fué derrotada mas que por la fuerza de las armas, por la opinion pública. El partido que se llamaba á sí mismo constitucionalista; que durante tres años habia atacado al gobierno en defensa de la Carta fundamental; que habia nacido en la oposicion á la ley de 14 de Agosto de 1867, perdió todo su prestigio, toda su fuerza moral, con el ataque rudo que dirigia á la Constitucion el *Plan de la Noria*. La oposicion habia rasgado su bandera, habia olvidado sus principios, habia traicionado sus promesas, y pretendia lo que es un absurdo bajo todos conceptos; remediar un abuso sancionando otro mayor.

El gobierno destacó sobre Oaxaca á los generales Alatorre y Rocha: el primero llegó apoderándose de la capital de aquel Estado, despues de que una de sus columnas habia derrotado al gefe pronunciado en San Mateo Sindihui; el segundo marchó hácia el interior, donde derrotó al grueso de las fuerzas pronunciadas en el cerro de la Bufa, cerca de Zacatecas. Entretanto el general Diaz con una columna de caballería y con una habilidad sin ejemplo, se presentó á las orillas de la Capital, marchando luego á refugiarse al Estado de Jalisco, aliándose con Lozada, cuyo dominio absoluto y vandálico habia desconocido el gobierno federal, con mengua de los intereses de Jalisco, de la honra nacional, y por un exceso de timorata debilidad.

El erario habia quedado exhausto; los reeleccionistas mas exaltados habian

subido á los primeros puestos en medio de aquella conmocion, y apenas despues de las últimas victorias del ejército federal, se habia comenzado á vislumbrar una esperanza de que la paz pública se restableciese.

Tal era la situacion política de México cuando en la madrugada del 18 de Julio Juarez se sintió algo indispuerto. En la tarde de ese dia algunas personas notaron su ausencia en el paseo, adonde acostumbraba asistir en compañía de sus hijas; pero nadie, ni él mismo creia en que fuese una grave indisposicion: el público ignoraba sus dolencias, y las oficinas trabajaban como de ordinario.

Durante el dia, un dolor agudo en una pierna y alguna dificultad para respirar, lo habian molestado; y es fama que para distraer sus dolencias, se entretuvo en conversar con su familia y en contemplar el retrato de su difunta esposa: pero al llegar la noche sintió los dolores que habian precedido al ataque del corazon que habia padecido antes, y la familia entró en una verdadera alarma: los doctores Barreda, Alvarado y Lucio, lucharon en vano contra los progresos de aquel mal violento y mortal, y á las once y minutos de la noche, sin que se descompusiera una sola de sus facciones, y cubriéndose la cabeza con uno de los lienzos de la cama, exhaló el último suspiro rodeado de sus hijos y de algunos de sus amigos personales.

Aun estaba tibio su cadáver, cuando en cumplimiento de una ley fué extraido de su casa y conducido á un salon del Palacio en hombros de sus ayudantes para extender el acta de defuncion en presencia del secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores. En esa misma noche D. Sebastian Lerdo de Tejada fué llamado al poder por los ministros, y al dia siguiente, á las primeras luces de la aurora, la poblacion despertaba al ruido de los cañones que anunciaban que el presidente de la República habia muerto repentinamente la noche anterior.

Una especie de incomprendible sorpresa embargaba los ánimos aquella mañana; los disparos de la artillería recordaban cada cuarto de hora el duelo de la patria, y la multitud silenciosa y preocupada invadia los corredores del Palacio y las galerías del Congreso. A las once de esa misma mañana, cuando ya el telégrafo habia anunciado la muerte de Juarez á toda la República, la diputacion permanente del Congreso de la Union esperaba á Lerdo para que hiciese la protesta de ley: un profundo silencio reinaba en el salon y las galerías; el presidente de la diputacion, Sanchez Azcona, esperaba al de la República sentado en el sillón derecho del solio del Congreso.

A las once y media se presentó en el salon el nuevo presidente, al mismo tiempo que los ecos del Palacio repercutian uno de los disparos de Ordenanza; iba vestido de riguroso luto, y en medio del silencio general pronunció las siguientes palabras con un acento que mal disimulaba su emocion:

“Protesto desempeñar leal y patrióticamente el encargo de presidente de los Estados Unidos Mexicanos, conforme á la Constitucion, y mirando en todo por el bien y la prosperidad de la Union.”

Contestóle entonces el Sr. Sanchez Azcona:

“Si así lo hiciéreis, la nacion os premie, si no os lo demande;” y sin que se escuchase un solo murmullo, abandonaron todos el salon despues de que el nuevo presidente de la República lo habia hecho.

Pasada aquella triste ceremonia y los pésames del cuerpo diplomático y funcionarios públicos, el nuevo gobierno se ocupó de los funerales de Juarez, que debian hacerse conforme á una ley expedida en 1838 con motivo de la muerte del general D. Miguel Barragan, presidente de la República.

La familia de Juarez pidió y obtuvo que su cadáver, que pertenecia á la nacion, fuese sepultado al lado de su esposa en el antiguo panteon de San Fernando, y despues de embalsamado fué expuesto en el salon de embajadores del Palacio Nacional, donde acudia á verlo una muchedumbre que contemplaba por última vez á aquel hombre cuya vida pública se habia identificado con la historia de la patria. Lo mismo en el dia que en la noche, aquel inmenso salon estaba lleno de un gentío que desfilaba silencioso frente al cadáver del presidente.

Entre todas aquellas manifestaciones públicas de duelo, la que mas honró á Juarez fué la de la colonia francesa, que movida por un noble rasgo de gratitud, recordó la proteccion que habia impartido á los súbditos franceses en los momentos en que las desgracias públicas disculpaban todo atentado.

El 22 de Julio fué el dia señalado para el entierro.

“Desde las ocho de la mañana, dice un periódico de aquellos dias, se hallaban ocupadas las calles que debia recorrer la comitiva fúnebre, por la mayor parte de la poblacion de la Capital, que acudia ansiosa á ocupar un lugar desde donde pudiera contemplar punto por punto cuanto iba á pasar en la ceremonia que se preparaba.

“En el Palacio Nacional habia multitud de grupos formados por las corporaciones, los empleados y cuantas personas deseaban concurrir á tributar los últimos honores al difunto presidente de la República.

“Los cuerpos de la guarnicion, destinados á formar la columna que habia de cerrar la marcha del cortejo, se extendian en una línea de batalla, y todos aguardaban en silencio que sonara la hora en que debia dar principio la triste solemnidad.

“A las nueve en punto fué bajado el cadáver del Señor Juarez del catafalco en que estuvo expuesto al público en el salon de embajadores, y colocado en una caja de zinc, en presencia de multitud de espectadores, y presidiendo el acto el gobernador de Palacio, general Zérega, y el coronel Novoa, ayudante

del Señor Juarez. Acto continuo se encerró la caja de zinc, soldada ya, en un sencillo ataud de caoba, que no tenia otro adorno que dos ramas realzadas de oliva y de laurel, en cuyo centro se destacaban esculpidas estas dos letras B. J.— El cadáver fué conducido al carro mortuorio, bajando por la escalera principal de Palacio. Escoltábanle unos valientes, escogidos entre los que habian acompañado á Juarez en su azarosa peregrinacion hasta la frontera del Norte. Todos ellos tenian los ojos arrasados de lágrimas.

“A las diez de la mañana, cuatro cañonazos anunciaron á la ciudad que el cadáver del ilustre difunto salia para ser conducido á su última morada. Los millares de espectadores que invadian las calles de la carrera que debia seguir la comitiva, se agitaron, y el fúnebre cortejo empezó á desfilarse por entre una compacta valla del pueblo en la que se confundian personas de todas clases, edades y condiciones.

“Todos los balcones de las casas particulares de la carrera y de los edificios públicos, ostentando enlutados cortinajes, estaban atestados de gente; casi todas las señoras que habia en ellos vestian luto; las azoteas estaban coronadas de inmensa muchedumbre, y en cada encrucijada se aglomeraban y movian miles de individuos, codeándose, enderezándose sobre las puntas de los piés y manifestando una curiosidad ávida para no perder ningun detalle de la majestuosa ceremonia.

“Una escuadra de batidores de caballería, vestidos de grande uniforme, montados en briosos y magníficos caballos negros, rompian la marcha. Seguian luego los alumnos de las escuelas municipales y los asilados de los establecimientos de beneficencia, entre los que se habia intercalado el ayuntamiento de Mixcoac, cerrando el grupo el Colegio de Minería y la escuela de Sordo Mudos, y formando por todo una masa de cerca de mil individuos. Los niños de las escuelas gratuitas llevaban en el brazo izquierdo lazos negros en señal de duelo.

“Inmediatamente despues se ostentaba un pabellon blanco coronado por un águila de ébano y adornado con crespones y cordones negros, y que tenia escritas, con letras negras tambien, estas palabras: *Gran círculo de Obreros de México*. Dominaba un grupo de doscientos obreros que caminaban de dos en dos y con digno y decoroso aspecto, precediendo inmediatamente á los alumnos de las escuelas preparatorias, de Jurisprudencia y de Medicina que venian en seguida.

“Al frente de las oficinas iban los empleados de la Tesorería General y confundidos con ellos algunos convidados. Detras de estos señores marchaban los redactores del *Diario Oficial*, los empleados del Correo, del Ministerio de Fomento, de la Diputacion y de las Recaudaciones de Contribuciones, del Ayuntamiento y del Montepío. Luego venian un grupo de masones, el cuerpo médico, los empleados de la Aduana y del Papel Sellado, y los Jueces de lo Criminal.

“A los individuos que componen la sociedad de Santa Cecilia y á los del

Club Aleman, que iban inmediatamente despues, seguian los empleados del gobierno del Distrito Federal, los Prefectos, los gefes del ejército, los empleados de la Comandancia Militar, los generales, y el Ayuntamiento.

“Un espléndido carro fúnebre tirado por seis hermosos caballos tordillos, cubiertos de negras gualdrapas, conducia el ataud en que iban depositados los restos mortales del Sr. Juarez. Empuñaba las riendas Juan Udueta, el mismo cochero que habia estado con el presidente en Paso del Norte. Los señores magistrados D. Luis Velazquez, director de la escuela de Jurisprudencia, D. Alejandro García, comandante general de la plaza, D. Manuel P. Izaguirre, tesorero general de nacion y D. Alfredo Chavero, miembro del Ayuntamiento, llevaban cada uno un cordón de los cuatro que pendian de los extremos del féretro. Seis lacayos enlutados tenian del diestro los caballos; y los ayudantes del Sr. Juarez, con una compañía de infantería, con su banda de músicos, escoltaban el cuerpo.

“Luego seguia el carruaje de la presidencia, vestido completamente de negro. Detras de él venian todos los diputados que se encontraban en la Capital, los periodistas, los individuos de la Sociedad Filarmónica mexicana, muchas personas de distincion, y por último los Secretarios del Despacho, el Cuerpo Diplomático y el Presidente interino de la República.

“Terminaba el triste cortejo con la banda de Zapadores, ejecutando varias piezas fúnebres; los alumnos del colegio Militar, una batería de doce cañones y otros varios cuerpos militares.

“Entre alumnos, empleados, funcionarios, convidados y soldados, acompañaban al cuerpo del presidente cerca de cinco mil individuos. En cuanto á los espectadores, pueden calcularse en las tres cuartas partes de la poblacion entera de la ciudad. Nunca se habian visto en México exequias tan concurridas.

“La plazuela de San Fernando estaba rodeada de un cordón de soldados, pasó la comitiva debajo de un arco de triunfo, y llegó debajo de un lujoso toldo adornado con cintas de crespon y pisando una alfombra de hojas de mirto y ciprés, hasta la puerta del panteon: allí, en un ángulo del jardín, se habia levantado un monumento fúnebre de estilo griego que recordaba en pequeño el Partenon y estaba cubierto de un cortinaje de crespon negro, con franjas de oro que pendian de dos órdenes de columnas de estilo jónico. En la parte central de la base, ó primer cuerpo, se veia un trofeo de banderas tricolores dominadas por el águila nacional enlutada; colocóse el ataud sobre una grande urna funeraria cubierta con coronas de laurel de oro y siempre vivas; en el triángulo superior se veian el alfa y el ómega, símbolo de todo principio y de todo fin, y en la cúspide del templete el busto de Juarez.

“El mausoleo estaba rodeado de cirios colosales; en ambos lados, por la parte interior, se ostentaban dos magníficos jarrones cinerarios de alabastro, de

donde se desprendian, en dos espesas columnas, los vapores del oloroso incienso y de la perfumante mirra.

“Delante del monumento se colocó el porta-estandarte del batallón de Supremos Poderes, empuñando la bandera nacional enlutada, y en medio de una guardia de honor.

“Las paredes todas del jardín de San Fernando estaban tapizadas de merino negro y adornadas con ramos y coronas de tuya y ciprés.

“Sentáronse indistintamente en un millar de sillas y sillones colocados en las calles laterales de la plazuela, los altos funcionarios de la Federacion, los diputados, los empleados de las oficinas públicas, los delegados de los residentes extranjeros, los generales, gefes y oficiales de la guarnicion, unas comisiones de los Estados de Puebla, México é Hidalgo, y gran número de convidados.”

Una señal hecha en las torres de San Fernando, y los disparos hechos por la batería de Palacio, anunciaron que se habia cerrado la tumba del caudillo de la Reforma y de la Independencia.

Así concluyó esta ceremonia, verdadera apoteosis del hombre público y privado, en la que hasta sus mismos enemigos en política rindieron un homenaje de respeto y admiracion, si no al Presidente de la República, sí al excelente padre de familia y al ciudadano virtuoso; y que dejó, segun se dice, escritos tres libros: uno que era una recopilacion de máximas extractadas del Tácito; otro, una cuenta exacta de los gastos de sus viajes, y el último un juicio sobre las personas mas notables que habia tratado en su carrera pública.

“Juarez era, segun la descripcion que hace uno de sus biógrafos, de una estatura menos que mediana; de facciones fuertemente pronunciadas, manos y piés pequeños, color cobrizo, ojos negros de mirada franca, carácter enteramente abierto y comunicativo en los negocios que no pedian reserva, y eminentemente reservado para los negocios de Estado. Linfático, bilioso por temperamento, tenia la energía y fuerza de los biliosos, y toda la calma y frialdad en medio de los mayores peligros, que distingue á su raza en general. Frugal y sencillo en su comida, y uno de los hombres mas amorosos á su familia.

“Juarez dormia poco y se levantaba siempre con la aurora. Los momentos que sus ocupaciones le dejaban libres, los dedicaba al estudio principalmente de la historia. Era hombre instruido; pero demasiado modesto, pues no acostumbraba hacer alarde de sus conocimientos. Era uno de los hombres mas serenos en el peligro: recordamos que en 1º de Abril de 1850, siendo gobernador de Oaxaca, una parte del batallón Guerrero que guarnecia la ciudad, se pronunció. Juarez acudió solo con un baston en la mano, y su presencia en medio de los balazos fué suficiente para calmar el motin. En 1861, cuando Márquez atacaba á México, mientras el gobernador de Palacio, que era un general, cuidaba de ponerse